



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 1933
1933 3623 MONTERRAY, MEXICO

VI

Para amoldarme al precepto de Horacio me he lanzado desde luego *in medias res*. Ahora que todo duerme, la bella Colomba, el coronel, su hija, aprovecharé este momento para instruir al lector de ciertas particularidades que no debe ignorar, si quiere penetrar más en esta verídica historia.

Sabe ya que el coronel della Rebbia, padre de Orso, fué muerto asesinado: pero no se es asesinado en Córcega, como se es en Francia, por el primer escapado de presidio que no encuentra mejor medio para robaros vuestros valores: se es asesinado por sus enemigos; pero el motivo por el cual se tiene enemigos, es con frecuencia muy difícil de decirlo. Muchas familias se odian por antigua costumbre, y la tradición de la causa original de su odio se pierde completamente.

La familia á que pertenecía el coronel della Rebbia odiaba á varias otras familias, pero singularmente á la de los Barricini; algunos decían

que en el siglo diez y seis, un della Rebbia había seducido á una Barricini, y había sido puñaleado en seguida por un pariente de la señorita ultrajada. A la verdad, otros contaban el asunto diferentemente, pretendiendo que era una della Rebbia la que había sido seducida y un Barricini el puñaleado. Resultado, que sirviéndome de una expresión apropiada, había sangre entre las dos casas. De todos modos, y contrariamente á la costumbre, esta muerte no había producido otras; obedecía á que los della Rebbia y los Barricini habían sido igualmente perseguidos por el gobierno genovés, y los jóvenes se habían expatriado, quedando las dos familias privadas, durante varias generaciones, de sus enérgicos representantes. Al final del siglo último, un della Rebbia, oficial al servicio de Nápoles, hallándose en una casa de juego, tuvo una querrela con algunos militares, quienes, entre otras injurias, le llamaron cabrero corso; desnudó su espada; pero, sólo contra tres, lo hubiera pasado mal, si un extraño, que jugaba en el mismo lugar, no hubiese gritado: «¡Yo soy corso también!» y no hubiese tomado su defensa.

Este personaje era un Barricini, á quien no conocía su compatriota. Cuando se dieron explicaciones, hubo por una y otra parte grandes cumplimientos y juramentos de eterna amistad; porque, en el continente, los corsos se unen fácilmente; lo contrario de lo que sucede en su isla. Este caso fué una demostración: della Rebbia y Barricini fueron íntimos amigos mientras estuvieron en Italia; pero de vuelta en Córcega, sólo se vieron de tarde en tarde, á pesar de que los dos habitaban el mismo pueblo, y, cuando murieron, se dijo que hacía cinco ó seis años que no se hablaban.

Sus hijos vivieron con la misma *etiqueta*, como

se dice en la isla. El uno, Ghilfuccio, padre de Orso, fué militar, el otro, Giudice Barricini, fué abogado. Llegados los dos á jefes de familia, y separados por su profesión, no tuvieron casi ocasión de verse ó de oír hablar el uno del otro.

Sin embargo, un día, hacia 1809, leyendo Giudice en un periódico, en Bastia, que el capitán Ghilfuccio había sido condecorado, dijo, ante testigos, que no le sorprendería, en atención á que el general... protegía á su familia. Este dicho fué transmitido á Ghilfuccio, á Viena, el cual dijo á un compatriota que á su regreso á Córcega encontraría á Giudice muy rico, porque sacaba más dinero de las causas que perdía que de las que ganaba.

No se ha sabido nunca si quiso decir con esto que el abogado traicionaba á sus clientes, ó si se limitó á emitir esta trivial verdad, que un mal asunto produce más á un hombre de ley que una buena causa. Fuera lo que fuera, el abogado Barricini tuvo conocimiento del epígrama y no lo olvidó nunca. En 1812, solicitó ser nombrado alcalde y tenía grandes esperanzas de conseguirlo, cuando el general... escribió al prefecto para recomendarle á un pariente de la mujer de Ghilfuccio. El prefecto se apresuró á conformarse con los deseos del general, y Barricini no dudó que había obedecido á las intrigas de Ghilfuccio. Después de la caída del emperador, en 1814, el protegido del general fué denunciado como bonapartista y reemplazado por Barricini. A su vez, este último fué destituido en los Cien Días; pero, después de esta tempestad, volvió á tomar con gran pompa posesión del sello de la alcaldía y de los registros del estado civil.

Desde este momento su estrella se hizo más brillante que nunca. El coronel della Rebbia, puesto á medio sueldo y retirado en Pietranera,

tuvo que sostener con él una guerra sorda de embrollos, renovados continuamente: tan pronto era citado en reparación de daños causados por su caballo en los cotos del señor alcalde; tan pronto éste, bajo pretexto de restaurar el suelo de la iglesia, hacía levantar una losa rota que tenía las armas de los della Rebbia, y que cubría la tumba de un miembro de ésta familia. Si las cabras comían los sembrados del coronel, los propietarios de estos animales encontraban protección en el alcalde; sucesivamente, el especiero que tenía la administración del correo en Pietranera, y el guarda rural, antiguo soldado mutilado, todos los amigos de los della Rebbia, fueron destituidos y reemplazados por adictos de los Barricini.

Murió la esposa del coronel, expresando el deseo de ser enterrada en medio de un bosquecillo donde le gustaba pasear, en seguida declaró el alcalde que sería inhumada en el cementerio del pueblo, en atención á que no había recibido autorización para permitir una sepultura aislada. El coronel furioso declaró que mientras llegaba la autorización, su esposa sería enterrada en el sitio que ella había designado, é hizo cavar una fosa. El alcalde á su vez mandó á cavar otra en el cementerio, y mandó la gendarmería, á fin, decía, de dar fuerza á la ley.

El día del entierro, se encontraron de frente los dos partidos, y por un momento se temió que se entablase un combate por la posesión de los restos de la señora della Rebbia. Unos cuarenta campesinos bien armados, llevados por los parientes de la difunta, obligaron al cura, al salir de la iglesia, á tomar el camino del bosque; por otra parte, el alcalde con sus dos hijos, sus clientes y los gendarmes, se presentó para hacer oposición.

Cuando apareció é intimó al cortejo para que retrocediera, fué acogido con gritos y amenazas; la ventaja del número estaba á favor de sus adversarios, quienes parecían determinados. Al verlo, varios fusiles fueron montados; hasta se dijo que un pastor le apuntó; pero el coronel levantó el fusil diciendo: «Que nadie dispare sin mi orden». El alcalde, «temiendo naturalmente los tiros», como Panurgo, y, rehusando la batalla, se retiró con su escolta: entonces se puso en marcha fúnebre la procesión, tomando el camino más largo á fin de pasar por delante de la alcaldía.

Desfilando, un idiota, que se había unido al cortejo, se le antojó gritar: *¡Viva el Emperador!* Dos ó tres voces le respondieron, y los rebbianistas animándose cada vez más, propusieron matar un buey del alcalde, que, por casualidad, encontraron á su paso. Afortunadamente el coronel pudo impedir esta violencia.

Como puede suponerse, se instruyó un juicio verbal, y el alcalde hizo al prefecto una relación con el más sublime estilo, en la cual pintaba las leyes divinas y humanas tiradas por los suelos,—la majestad de él, el alcalde y la del cura, desconocidas é insultadas,—el coronel della Rebbia, poniéndose á la cabeza de un complot bonapartista para cambiar el orden de sucesión al trono, y excitar á los ciudadanos á armarse los unos contra los otros, crímenes previstos por los artículos 86 y 91 del Código penal.

La exageración de esta queja hizo que no produjera su efecto. El coronel escribió al prefecto, y al procurador del rey: un pariente de su mujer estaba aliado á uno de los diputados de la isla, y otro primo, al presidente de la corte real. Gracias á estas protecciones, se desvaneció el complot, y la señora della Rebbia quedó en el bosque, y

sólo el idiota fué condenado á quince días de prisión.

El abogado Barricini, poco satisfecho del resultado de este asunto, volvió sus baterías á otro lado. Exhumó un antiguo título, acerca del cual se propuso disputar al coronel la propiedad de un desagüe que hacía trabajar un molino. Se empezó un pleito que duró mucho tiempo.

Al cabo de un año, iba el tribunal á pronunciar su fallo, y según todas las apariencias en favor del coronel, cuando M. Barricini puso en las manos del procurador del rey una carta firmada por un tal Agostini, célebre bandido, que le amenazaba, al alcalde, de incendio y de muerte si no desistía de sus pretensiones. Se sabe que en Córcega es muy solicitada la protección de los bandidos, y que para ayudar á sus amigos intervienen frecuentemente en las querellas particulares. El alcalde sacaba partido de esta carta, cuando un nuevo incidente vino á complicar el asunto. El bandido Agostini escribió al procurador del rey para quejarse de que se hubiera falsificado su letra, y hecho nacer dudas sobre su carácter, haciéndolo pasar por un hombre que traficaba con su influencia: «Si yo descubro al falsario, decía al final de su carta, lo castigaré ejemplarmente».

Era evidente que Agostini no había escrito la carta amenazando al alcalde; los della Rebbia acusaban á los Barricini, y vice-versa. De una y otra parte llovían las amenazas, y la justicia no sabía de qué lado hallar los culpables.

Entretanto, el coronel Ghilfuccio fué asesinado. He aquí los hechos, tales como fueron establecidos por la justicia: El 2 de Agosto de 18... ya descendía el día, cuando la mujer Magdalena Pietri, que llevaba grano á Pietranera, oyó dos tiros muy próximos, disparados, según le parecía, en un camino hondo que conducía al pue-

blo, próximamente á ciento cincuenta pasos del sitio en que ella se encontraba. Casi en seguida vió á un hombre que corría, agachándose, por un sendero de viñas, y se dirigía al pueblo. Este hombre se detuvo un instante y se volvió; pero la distancia impidió que la mujer Pietri distinguiese sus facciones, y por otra parte llevaba en la boca una hoja de viña que le ocultaba casi todo el rostro. Hizo con la mano un signo á una camarada que la testigo no vió, y después desapareció en las viñas.

La mujer Pietri, habiendo dejado su saco, subió, corriendo el sendero, y encontró al coronel della Rebbia bañado en sangre, atravesado por dos balas, pero respirando aún. Cerca de él estaba un fusil cargado y montado, como si se hubiera puesto en defensa contra una persona que lo atacase de frente en el momento que otra le hería por la espalda. Roncaba y se defendía de la muerte, pero no podía pronunciar una palabra, lo que los médicos explicaron por la naturaleza de sus heridas que habían atravesado el pulmón. La sangre lo ahogaba; corría lentamente como una espuma roja. En vano la mujer Pietri lo levantó y le hizo algunas preguntas. Ella comprendía que quería hablar, pero no podía hacerse comprender. Habiendo notado que quería llevar la mano á su bolsillo, se apresuró á sacar de él una pequeña cartera que le presentó abierta. El herido cogió el lápiz de la cartera y procuró escribir. De hecho la testigo le vió formar con trabajo varias letras; pero, no sabiendo leer, no pudo saber lo que decían. Cansado por este esfuerzo, el coronel dejó la cartera en la mano de la mujer Pietri, que estrechó fuertemente mirándola con una singular expresión, como si quisiera decirle, estas son las palabras de la testigo: «¡Es-

to es importante, este es el nombre de mi asesino!»

La mujer Pietri se dirigía al pueblo cuando encontró al señor alcalde Barricini con su hijo Vincentello. Entonces era ya casi de noche. Contó lo que había visto. El alcalde tomó la cartera, y corrió á la alcaldía á ceñirse la banda y llamar á su secretario y á la gendarmería. Habiendo quedado sola con el joven Vincentello, Magdalena Pietri le propuso ir á prestar auxilio al coronel, en el caso de que aun estuviera vivo; pero Vincentello respondió que si se acercaba á un hombre que había sido enemigo encarnizado de su familia, no faltaría quien le acusara de haberlo matado. Poco después llegó el alcalde y encontró muerto al coronel. Hizo levantar el cadáver é instruyó un proceso verbal.

A pesar de tu turbación, natural en esta ocasión, M. Barricini se apresuró á poner bajo sello la cartera del coronel, y á hacer todas las averiguaciones posibles; pero no consiguió descubrir nada importante. Cuando llegó el juez de instrucción se abrió la cartera, y en una página manchada de sangre se vieron algunas letras trazadas por una mano desfallecida, pero bien legibles. Había escrito: *Agosti...*, y el juez no dudó que el coronel había querido designar á Agostini como su asesino.

Sin embargo, Colomba della Rebbia, llamada por el juez, solicitó examinar la cartera. Después de haberla ojeado con detenimiento, extendió la mano hacia el alcalde y dijo: «¡He ahí el asesino!» Entonces, con una precisión y claridad sorprendentes en el transporte de dolor en que estaba sumida, contó que su padre, habiendo recibido pocos días antes una carta de su hijo, la había quemado, pero que antes de hacerlo, había escrito con lápiz en su cartera la dirección de Or-

so que acababa de cambiar de guarnición. Esta dirección no se encontraba en la cartera, y Colomba deducía que el alcalde había arrancado la hoja en que estaba escrita, que sería la misma en la que su padre había escrito el nombre del matador; y este nombre, el alcalde, al decir de Colomba, habíalo substituído por el de Agostini. El juez vió que con efecto faltaba una hoja en el papel de la cartera en que estaba escrito el nombre; pero muy pronto notó que otras hojas faltaban en otros cuadernos de la misma cartera, y algunos testigos declararon que el coronel tenía la costumbre de arrancar páginas cuando quería encender un cigarro; nada más probable, pues, que hubiese quemado por distracción la dirección que había copiado. Además, se comprobó que el alcalde, después de haber recibido la cartera de la mujer Pietri, no había podido leer á causa de la obscuridad; se probó que no se había detenido un instante antes de entrar en la alcaldía, que el brigadier de gendarmería le había acompañado á ella, le había visto encender una lámpara, poner la cartera bajo sobre y sellarla.

Cuando el brigadier terminó su declaración, Colomba, fuera de sí misma, se echó á sus pies y le suplicó, por todo lo más sagrado, que dijese si había dejado sólo un instante al alcalde. El brigadier, después de alguna vacilación, visiblemente emocionado por la exaltación de la joven, confesó que había ido á buscar en una habitación contigua una hoja de papel, pero que no había tardado ni un minuto, y que el alcalde no había dejado de hablarle mientras que él buscaba á tientas el papel en un cajón. Por lo demás, aseguraba que cuando volvió estaba la cartera en el mismo sitio, sobre la mesa donde el alcalde la puso al entrar.

M. Barricini declaró con gran calma. Excusa-

ba, decía, el arrebato de la señorita della Rebbia, y quería condescender á justificarse. Probó que había estado en el pueblo toda la tarde; que su hijo Vincentello estaba con él delante de la alcaldía en el momento del crimen; por último, que su hijo Orlanduccio, atacado de fiebre ese mismo día, no se había movido de la cama.

Exhibió todos los fusiles de su casa, los cuales no habían sido disparados recientemente. Agregó que con respecto á la cartera había comprendido en seguida la importancia que tenía; que la había sellado y depositado en poder de su ayudante, previendo que en razón de su enemistad con el coronel podría ser sospechoso. Por último recordó que Agostini había amenazado de muerte al que había escrito una carta en su nombre, é insinuó que ese miserable, habiendo supuesto probablemente que había sido el coronel, lo había asesinado. En las costumbres de los bandidos, una parecida venganza por un motivo análogo es cosa frecuente.

Cinco días después de la muerte del coronel della Rebbia, Agostini, sorprendido por un destacamento de tiradores, fué muerto, batiéndose á la desesperada.

Se le encontró una carta de Colomba conjurándolo para que declarara si había sido ó no culpable de la muerte que se le imputaba. No habiendo dado respuesta el bandido, fué creencia general que no había tenido valor de decir á una hija que había dado muerte á su padre. Sin embargo, las personas que pretendían conocer bien el carácter de Agostini, decían por lo bajo que si él hubiera matado al coronel se hubiera vanagloriado de haberlo hecho. Otro bandido, conocido por el nombre de Brandolaccio, envió á Colomba una declaración en la cual aseguraba por *su honor* la inocencia de su compañero; pero

la única prueba que alegaba, era que Agostini no le había dicho nunca que sospechase del coronel.

Conclusión: los Barricini no fueron molestados; el juez de instrucción colmó de elogios al alcalde y éste coronó su buena conducta desistiendo de todas sus pretensiones sobre las aguas, debido á lo cual estaba en pleito con el coronel della Rebbia.

Colomba improvisó, siguiendo la costumbre del país una *ballata* ante el cadáver de su padre, en presencia de sus amigos. Exhaló en ella todo su odio contra los Barricini y los acusó formalmente del asesinato, amenazándolos con la venganza de su hermano. Esta *ballata*, que se hizo muy popular, fué la que el marinero cantaba en presencia de miss Lydia. Al saber la muerte de su padre, Orso, que estaba en el norte de Francia pidió una licencia que no pudo obtener. Al principio, según una carta de su hermana, había creído culpables á los Barricini, pero muy pronto recibió copia de todas las piezas de sumario, y una carta particular del juez le dió casi la convicción que el bandido Agostini era el único culpable.

Cada tres meses le escribía Colomba para repetirle sus sospechas, que ella llamaba pruebas. A pesar suyo, estas acusaciones hacían hervir su sangre corsa, y á veces estaba á punto de compartir el juicio de su hermana. Sin embargo, cada vez que él le escribía, le repetía que sus alegaciones no tenían ningún fundamento sólido y no merecían ningún crédito. Hasta le prohibía, pero siempre en vano, de hablarle más de ello. Dos años pasaron así, al cabo de los cuales fué puesto á medio sueldo, y entonces pensó en volver á su país, no para vengarse de personas que

él creía inocentes, sino para casar á su hermana y vender sus pequeñas propiedades, si tenían bastante valor para permitirle vivir en el continente.



VII

Sea que la llegada de su hermana hubiese representado á Orso con más fuerza el recuerdo del techo paternal, ó porque sufría un poco ante sus amigos civilizados por el traje y las maneras salvajes de Colomba, anunció al día siguiente el proyecto de abandonar Ajaccio y volver á Pietranera. Pero sin embargo hizo que el coronel le prometiera ir á albergarse á su humilde residencia, cuando se dirigiera á Bastia, y, en recompensa, se comprometió á hacerle tirar á gansos, faisanes, jabalíes y demás.

La víspera de su partida, en lugar de salir á cazar, Orso propuso un paseo á orillas del golfo. Dando el brazo á miss Lydia, podía hablar con entera libertad, porque Colomba había quedado en la población para hacer sus compras, y el coronel les abandonaba á cada instante para tirar á unos pájaros que no tenían ninguna aplicación, causando gran sorpresa á los paseantes que no comprendían que se perdiese pólvora en una caza como aquella.

Seguían el camino que conduce á la capilla de

los Griegos, desde donde se disfruta la más hermosa vista de la bahía; pero no prestaban ninguna atención.

—Miss Lydia... dijo Orso después de un silencio bastante prolongado que se había hecho embarazoso, francamente, ¿qué pensáis de mi hermana?

—Me agrada mucho, respondió miss Nevil. Más que vos, agregó sonriendo, porque ella es verdaderamente corsa, y vos sois un salvaje muy civilizado.

—¡Muy civilizado!... ¡Pues bien! á mi pesar, me siento convertirme de nuevo en salvaje desde que pisé esta isla. Mil espantosos pensamientos me agitan, me atormentan... y tenía necesidad de hablar un poco con vos antes de internarme en mi desierto.

—Es necesario tener valor, caballero; ved la resignación de vuestra hermana, ella os da el ejemplo.

—¡Ah! desengañaos. No creáis en su resignación. No me ha dicho aún ni una palabra, pero en cada una de sus miradas he leído lo que ella espera de mí.

—¿Qué quiere ella de vos?

—¡Oh! nada..., solamente que yo ensaye si el fusil de vuestro señor padre es tan bueno para el hombre como para la perdiz.

—¡Qué idea! ¡Y podéis suponer eso! cuando acabáis de confesar que nada os ha dicho aún. Eso es horrible por vuestra parte.

—Si ella no pensase en la venganza, me habría hablado desde un principio de nuestro padre; no ha hecho nada de eso. Hubiera pronunciado el nombre de los que ella mira... equívocamente, ya lo sé, como sus matadores. ¡Pues bien! no, ni una palabra. Es que nosotros, los corsos, somos una raza astuta. Mi hermana com-

prende que no me tiene completamente en su poder, y no quiere asustarme, cuando aun puedo escaparme. Una vez que me haya conducido al borde del precipicio, cuando se me vaya la cabeza, me precipitará en el abismo.

Orso dió á miss Nevil algunos detalles sobre la muerte de su padre, le presentó las principales pruebas que se reunieron para considerar á Agostini como el matador.

—Nada, agregó, ha podido convencer á Colomba. Lo he podido apreciar en su última carta. Ha jurado la muerte de los Barricini; y... miss Nevil, ved qué confianza tengo en vos... quizás no existirían ya, si, por una de esas preocupaciones que excusa su educación salvaje, no estuviera persuadida que la ejecución de la venganza me pertenece en mi calidad de jefe de familia, y que va en ello mi honor.

—En verdad, señor della Rebbia, dijo miss Nevil, calumniáis á vuestra hermana.

—No, vos misma lo habéis dicho,... ella es corsa,... ella piensa lo que piensan todos. ¿Sabéis por qué estaba yo ayer tan triste?

—No, pero desde hace algún tiempo estáis sujeto á esos accesos de mal humor... Eráis más amable en los primeros días de nuestro conocimiento.

—Ayer, al contrario, estaba yo más alegre, era más feliz que de ordinario. ¡Os vi tan buena, tan indulgente para con mi hermana!... Volvíamos, el coronel y yo, embarcados. ¿Sabéis lo que me dijo uno de los bateleros en su infernal dialecto?: «Habéis matado mucha caza, Ors' Anton', pero encontraréis á Orlanduccio Barricini mejor cazador que vos».

—¡Y bien! ¿qué hay de terrible en esas palabras? ¿Tenéis la pretensión de ser un muy hábil cazador?

—¿Pero no comprendéis que aquel miserable decía que yo no tendría valor para matar á Orlanduccio?

—¿Sabéis, señor della Rebbia, que me causáis miedo? Parece que el aire de vuestra isla no produce solamente la fiebre, sino también la locura. Felizmente nosotros la abandonaremos pronto.

—No antes de haber ido á Pietranera. Lo habéis prometido á mi hermana.

—¿Y si faltamos á esa promesa, debemos esperar sin duda alguna venganza?

—¿Recordáis lo que nos contaba el otro día vuestro padre de esos indios que amenazan á los gobernadores de la Compañía con dejarse morir de hambre si no atienden sus demandas?

—¿Es decir, que os dejaréis morir de hambre? Lo dudo. Quedaríais un día sin comer, y después la señorita Colomba os llevaría un *bruccio* tan apetitoso que renunciaríais á vuestro proyecto.

—Sois cruel con vuestras ironías, miss Nevil; debierais guiarme. Ved, estoy aquí solo. Yo no tengo más que á vos para impedir que me vuelva loco, como decís; erais mi ángel de la guarda, y ahora...

—Ahora, dijo miss Lydia con un tono serio, tenéis, para sostener esa razón tan fácil de conmover, vuestro honor de caballero y de militar, y..., prosiguió volviéndose para coger una flor, si tiene algún valor para vos, el recuerdo de vuestro ángel de la guarda.

—¡Ah! miss Nevil, si yo pudiese creer que tomáis realmente algún interés...

—Escuchad, señor della Rebbia, dijo miss Nevil un poco conmovida, puesto que sois un niño, os trataré como tal. Cuando yo era una niña, me dió mi madre un hermoso collar que yo deseaba ardientemente; pero me dijo: «Cada vez que te

pongas este collar, acuérdate que no sabes aún francés». El collar perdió para mí algo de su mérito. Se había convertido como un remordimiento; pero yo lo llevaba, y supe francés. ¿Veis este anillo? es un escarabajo egipcio hallado en una pirámide. Esta rara figura, que tomáis quizás por una botella, quiere decir *la vida humana*. Hay en mi país gentes que hallarían el jeroglífico muy bien apropiado. Este, que viene después, es un escudo con un brazo teniendo una lanza: quiere decir *combate, batalla*. Por consiguiente, la reunión de los dos caracteres forma esta divisa, que me parece muy bien: *La vida es un combate*. No os parezca que traduzco los geroglíficos con facilidad; es que un sabio en *us* me los ha explicado. Tomad, os doy mi escarabajo. Cuando tengáis algún mal pensamiento corso, mirad mi talismán y decíos que es preciso salir vencedor de la batalla que nos presentan las malas pasiones.—Pero, en verdad, no predico mal.

—Pensaré en vos, miss Nevil, y me diré...

—Decís que tenéis una amiga que se desolaría... de... saber que os habían colgado. Eso causaría además mucha pena á los señores cabos, vuestros antepasados.

Al decir estas palabras, abandonó riendo el brazo de Orso, y, corriendo hacia su padre:

—Papá, le dijo, dejad esos pobres pájaros y venid con nosotros á poetizar en la gruta de Napoleón.





VIII

Hay siempre algo de solemne en una partida, hasta cuando la separación va á ser de poco tiempo. Orso debía partir con su hermana muy temprano y en la noche anterior se había despedido de miss Lydia, porque no esperaba que hiciese excepción en su favor de sus costumbres de pereza. Sus adioses habían sido fríos y graves. Desde la conversación que tuvieron á orillas del mar, miss Lydia temía haber demostrado á Orso un interés quizás muy vivo, y Orso, á su vez, tenía sobre el corazón las burlas, y sobre todo su tono de ligereza. Un momento, había creído distinguir en las maneras de la joven inglesa un sentimiento de afección naciente: ahora, desconcertado por sus bromas, se decía que sólo era á sus ojos un simple conocido, que muy pronto sería olvidado.

Grande fué, pues, su sorpresa cuando por la mañana, sentado tomando café con el coronel, vió entrar á miss Lydia seguida de su hermana. Se había levantado á las cinco, y, para una inglesa, para miss Nevil sobre todo, el esfuerzo era

bastante grande para que produjese alguna vanidad.

—Me disgusta que os hayáis levantado tan temprano, dijo Orso. Mi hermana sin duda os ha despertado á pesar de mis recomendaciones y debéis maldecirnos. ¿Deseáis quizás que esté *colgado*?

—No, dijo miss Lydia muy bajo y en italiano, evidentemente para que su padre no lo entendiese. Pero me habéis demostrado enfado ayer por mis inocentes bromas, y no quería dejaros llevar un mal recuerdo de vuestra servidora. ¡Qué gentes más terribles sois vosotros, los corsos! Adiós, pues; espero que hasta muy pronto.

Y le tendió la mano.

Orso sólo encontró un suspiro como respuesta. Colomba se aproximó á él, lo llevó junto á una ventana, y, mostrándole algo que tenía bajo su *mezzaro*, le habló un momento en voz baja.

—Mi hermana, dijo Orso á miss Nevil, quiere haceros un singular regalo, señorita; pero nosotros, los corsos, no tenemos grandes cosas que dar... excepto nuestra afección..., que el tiempo no borra. Mi hermana me dice que habéis mirado con curiosidad este estilete. Es una antigüedad en la familia. Probablemente pendía otras veces de la cintura de uno de esos cabos á quienes debo el honor de haberos conocido. Colomba lo cree tan precioso que me ha pedido permiso para dároslo, y yo no sé si debo concedérselo, porque temo que os burléis de nosotros.

—Ese estilete es encantador, dijo miss Lydia; pero es un arma de familia; no puedo aceptarlo.

—No es el estilete de mi padre, dijo vivamente Colomba. Ha sido dado á uno de los abuelos de mi madre por el rey Teodoro. Si la señorita lo acepta, nos hará un favor.



—Ved, miss Lydia, dijo Orso, no desdeñéis el estilete de un rey.

Para un inteligente, las reliquias del rey Teodoro son infinitamente más preciosas que las del más poderoso monarca. La tentación era grande, y miss Lydia veía ya el efecto que producía esta arma puesta sobre una mesa de laca en su departamento de la plaza de San Jaime.

—Pero, dijo tomando el estilete con la indecisión del que quiere aceptar, y dirigiendo á Colomba una de sus más amables sonrisas, querida señorita Colomba..., no puedo..., no me atrevería á dejaros partir desarmada.

—Mi hermano va conmigo, dijo Colomba con tono fiero, y tenemos el buen fusil que vuestro padre nos ha dado. Orso, ¿lo habéis cargado con bala?

Miss Nevil guardó el estilete, y Colomba, para conjurar el peligro que se corre en dar armas cortantes ó punzantes á los amigos, exigió un céntimo como pago.

Fué preciso partir al fin. Orso estrechó otra vez la mano de miss Nevil; Colomba la abrazó, y después fué á ofrecer sus labios de rosa al coronel, muy maravillado de la cortesía corsa. Desde la ventana del salón vió miss Lydia á los hermanos montar á caballo.

Los ojos de Colomba brillaban con un júbilo maligno que aun no se había notado en ellos. Esta valerosa y fuerte mujer, fanática de sus ideas de honor bárbaro, el orgullo en la frente, los labios contraídos por una sonrisa sardónica, conduciendo á este joven armado como para una expedición siniestra, le recordó los temores de Orso, y creyó ver su ángel malo conduciéndolo á su pérdida. Orso, ya á caballo, levantó la cabeza y la contempló. Sea porque hubiese adivinado su pensamiento, ó por darle el último adiós,

tomó el anillo egipcio, que tenía colgado de un cordón, y lo llevó á sus labios. Miss Lydia abandonó la ventana, colorada como una amapola; después, volviendo casi en seguida, vió á los dos corsos alejarse rápidamente al galope de sus pequeños *popeys*, dirigiéndose hacia las montañas. Una media hora después, el coronel, por medio de su anteojo, se los enseñó costeano el fondo del golfo, y ella vió que Orso volvía con frecuencia la cabeza hacia la población. Desapareció al fin detrás de los pantanos, reemplazados hoy por un hermoso plantel de árboles.

Miss Lydia, mirándose á su espejo se halló pálida.

—¿Qué debe pensar de mí ese joven? dijo; y yo, ¿qué pienso de él? ¿y por qué pienso en él?... ¡Un conocimiento de viaje!... ¿Qué he venido á hacer en Córcega?... ¡Oh! ¡yo no le amo!... No, no; por otra parte, eso es imposible... Y Colomba... ¡Yo la cuñada de una *voce-tratrice!* ¡que lleva un gran estilete!

Y observó que tenía en la mano el del rey Teodoro. Lo puso sobre su tocador.

¡Colomba en Londres, bailando en Almack's!...

«¡Qué *león* gran Dios para enseñar!... Quizás hiciera furor... El me ama, estoy segura de ello... Es un héroe de novela al que he interrumpido la carrera aventurera... ¿Pero tenía realmente intención de vengar á su padre á lo corso?... Era algo entre un *conrado* y un *dandy*... ¡Yo he hecho de él un puro *dandy* y un *dandy* que tiene un sastre corso!...»

Se echó en su cama y quiso dormir, pero le fué imposible; y no intentará continuar su monólogo, en el cual se dijo más de cien veces que el señor della Rebbia, no había sido, no era, y no sería nunca nada para ella.



IX

Entretanto Orso caminaba con su hermana. El rápido movimiento de sus caballos les impidió al principio hablar, pero cuando las subidas muy rudas les obligaban á ir al paso, cambiaban algunas palabras sobre los amigos que acababan de abandonar. Colomba hablaba con entusiasmo de la belleza de miss Nevil, de sus rubios cabellos, de sus graciosas maneras. Después preguntaba si el coronel era tan rico como parecía, y si Lydia era hija única.

—Debe ser un buen partido, decía. Su padre, parece que os profesa mucha amistad...

Y, como Orso no respondiese nada, continuó:

—Nuestra familia fué rica en otro tiempo, es aún de las más consideradas en la isla. Todos esos *signori* son bastardos. Sólo hay nobleza en las familias de los cabos, y sabéis, Orso, que descendéis de los primeros cabos de la isla. Sabéis que nuestra familia es originaria del otro lado de los montes, y las guerras civiles son las que nos han obligado á pasar á este lado. Si yo estuviese en lugar vuestro, Orso, no titubearía, pediría á miss Nevil á su padre... (Orso se encogía de hombros).